

# Pueblo de Dios y Eclesiología en la Biblia en la Tradición y Hoy

Hno Israel José Nery fsc

## 1. Algunas nociones bíblicas básicas Sobre la Iglesia y el Pueblo de Dios

### Introducción

Es importante aclarar, desde el inicio, que "Pueblo de Dios" en el cristianismo tiene un sentido más específico y va más allá de la comprensión vetero-testamentaria de esta expresión. Por su naturaleza Pueblo de Dios es, en la teología cristiana, trinitario, ya que arranca y tiene como referencia a la Santísima Trinidad, como su origen, su dinámica existencial y su fin. Y, es evidente, según en el Nuevo Testamento, que Pueblo de Dios va más allá de la misma realidad de la Iglesia.

Para nosotros, que tenemos el don de la fé cristiana, la reflexión sobre Iglesia nos ayuda a entender siempre un poco más la riqueza y los límites de la ecclesiología y también para comprender con más facilidad la teología del Pueblo de Dios.

La Iglesia tiene su origen en el contexto mismo de la vida de Jesús, no como estructura, así como la conocemos hoy, sino como un organismo comunitario de personas que se congregan en el Señor Jesús y por Él, en la fuerza amorosa del Espíritu Santo. Son hombres y mujeres que se ponen personal y comunitariamente, con Jesús, a la disposición de la voluntad del Padre y para la construcción de su Reino en este mundo.

En este corto texto desarrollaremos en un primer momento, algunos elementos claves de la identidad del cristiano y de la Iglesia y buscaremos una posible deficiencia para la Iglesia; trabajaremos la convergencia Iglesia, Pueblo de Dios y Reino de Dios. En un segundo momento daremos atención a los cambios que se han sucedido y suceden en la Iglesia. En un tercer momento nos ocuparemos de la reflexión sobre Ecclesiología en la Iglesia hoy, y finalmente, en un cuarto momento daremos una palabra final considerando algunos aspectos en referencia a los Hermanos de La Salle.

## 1. Los tres elementos constitutivos de la identidad cristiana y eclesial, según San Marcos.

1.1 - El texto de Marcos. Algunas frases de San Marcos nos dan lo esencial de lo que es el discípulo misionero y consecuentemente de lo que es esta comunidad de discípulos misioneros, de la cual se originará la Iglesia. Escribe San Marcos: "Jesús llamó a los que él quiso y vinieron a él y él estableció doce de ellos para que estuviesen con Él y los envió con el poder de predicar la Buena Nueva y de expulsar demonios" (Mc 3, 13-15).

1.2 - Ser cristiano. En este texto se encuentran los tres elementos claves que conforman la identidad misma del discípulo misionero, seguidor de Jesús o cristiano, y también la identidad de la misma Iglesia. Es cristiano quien responde a un llamado personal que

Jesús, en su libertad, hace a alguien previamente elegido por Él. La respuesta tiene que ser personal (libertad humana) e incluye salir de sí mismo ("ir hacia Él").

Esta dinámica entre Jesús y la persona es denominada *vocación*. Pero, ello no es suficiente ya que en la invitación de Jesús está al mismo tiempo el llamado a integrar su *comunidad* de vida y de misión. Es un llamado que implica un estar con: convocación. Por lo tanto, la dimensión comunitaria, la inserción en la comunidad eclesial es esencial para ser cristiano. Es la dimensión de fraternidad evangélica.

Pero, para ser completo, es importante añadir que es necesaria también la dimensión de la *misión*, el asumir el anuncio de la Buena Nueva: "Id y evangelizad..." (cf. Mt 28, 16-20) y para expulsar demonios (cf. Mc 3,15), el maligno y sus encarnaciones en maldades muy concretas que perjudican las personas y el Proyecto del Reino de Dios en este mundo.

1.3 - Ser religioso. Podemos, también, aplicar estos tres elementos, que nos da el evangelio según San Marcos, a la misma vida consagrada, ya que ella se estructura y se dinamiza por *vocación-consagración, comunidad-fraternidad* (convocación), *servicio-misión*.

1.4 - Ser Iglesia. Si estos son los elementos constitutivos del discípulo misionero y también de la vida consagrada, obviamente, ellos son los elementos constitutivos de la misma comunidad de estos discípulos misioneros. Efectivamente *la Iglesia* no es otra cosa que una "comunidad, un pueblo de convocados, en fraternidad evangélica dedicada a la misión".

## 2. La etimología de la palabra Iglesia

2.1 Qahal y Ekklesia. Un corto comentario sobre el significado etimológico del término Iglesia, primero en hebreo y después en griego nos clarifica muchas cosas para la comprensión de la ecclesiología y del Pueblo de Dios según el Nuevo Testamento hoy.

a) En hebraico. La palabra Iglesia tiene su fundamento primero en el universo religioso de Israel. Los términos claves son:

*Qahal* (comunidad reunida), *edáh* (congregación, pueblo congregado), *ham* (pueblo) e *Yisrael*. De ahí surge la expresión *Qahaledah Yisrael* (Comunidad de Israel reunida, Asamblea de Israel congregada, Pueblo de Israel en asamblea). Pero con algunas finalidades muy precisas. La *Qahaledah Yisrael* existe para: a) recibir las orientaciones de Dios (escuchar su Palabra "Sh'ma Israel!"); b) rendirle culto y hacerle ofrendas agradables (liturgia); c) saber la voluntad de Dios y realizar lo que Él manda (obediencia - misión).

b) En griego. El cristianismo nace del mundo judío. José, María, Jesús y los Apóstoles son judíos. Pero después de Pentecostés, con la entrada de los cristianos en el mundo de los no judíos (paganos), que era dominado por la cultura greco latina y aún más por el griego, hubo necesidad de adaptar el lenguaje. El término de la cultura griega que más se acercaba a *Qahal* era *Ekklesia*, una asamblea de personas, y que era usado también para la

convocación del pueblo, hecha por un heraldo del imperio, para pasar a la gente avisos, órdenes y orientaciones de las autoridades.

Los cristianos adoptaron este término dándole otro significado. Pero, cuando el latín pasó a dominar como idioma del imperio romano, el cristianismo no encontró una palabra para asumir o adaptar y, entonces, hubo sencillamente una adaptación del término griego ya consensualmente usado por los cristianos, cambiando la grafía y la pronunciación para *Ecclésia*. Este término está en el origen de *chiesa* (en italiano), *église* (en francés), *Iglesia* (en castellano), *Igreja* (en portugués).

c) Iglesia y elección. Hay una riqueza escondida en "Ekklesia" que es importante revelar. La parte central del término es formada por "kaleo" que significa "llamar". Este es sin duda el motivo más fuerte que llevó a los cristianos a denominar "Ekklesia" a su asamblea para escuchar la Palabra de Dios, rendirle culto y compartir el cuerpo y la sangre de Jesucristo.

Otro dato de gran importancia para una noción básica de ecclesiología es la reflexión que San Pablo hace del término *kletos* que, también se puede leer dentro de la palabra *Ekklesia* y que significa "elección, elegido, separado". La Iglesia, según San Pablo es un pueblo formado por personas elegidas, seleccionadas por Jesús y ella misma es por lo tanto un pueblo elegido por Jesús, que es en persona la "ekklisia tou Theou" (pueblo, asamblea de Dios, congregación) y la Iglesia es sacramentalmente esta "Ekklesia tou Theou" en la historia.



2.2 La Iglesia en el Nuevo Testamento. El Nuevo Testamento usa ciento quince veces el término "Ekklesia". Por dos veces se aplicada a la reunión o asamblea de culto de los judíos (Hech 7,38; Heb 2,12). Las otras ciento diez veces para la Iglesia de Cristo. En verdad es algo muy concreto, una reunión de cristianos en un determinado sitio, como por ejemplo en ciudades (la Iglesia que está en Cencreas" (Rom 16,1); "la Iglesia de los Tesalonicenses" (1Tes 1,1), "La Iglesia de Tiatira" (Ap 2,16). Pero también para designar un conjunto de Iglesias como por ejemplo "las Iglesias menores tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaría" (Hech 9,31); "todas las Iglesias de los Gentiles" (Rom 16,4), "las Iglesias de Galacia" (Gál 1,2). Eran Iglesias autónomas, sin gobierno central ni conferencia de Iglesias, pero que tenían cuatro puntos de referencia esenciales: a) Jesucristo: su persona humano-divina, las narraciones de la vida de Jesús (Evangelios), sus enseñanzas; b) los dos Apóstoles Pedro y Pablo; c) el amor a los pobres; d) y las asambleas de culto, prioritariamente en los domingos. Finalmente el término "Ekklesia" es usado para situaciones más amplias, universales: "perseguí a la Iglesia de Dios" (1Cor 15,9).

### 3. Un intento de "definir Iglesia"

¿Será posible elaborar una definición de Iglesia? Sabemos que definición significa delimitación y por ello es mejor un intento de descripción, pero que siempre será limitada. Así osamos proponer estas frases:

"Una Iglesia es una comunidad de discípulos misioneros de Jesucristo (así lo son por el Bautismo) que lo reconocen como el Hijo de Dios, verdaderamente hombre y verdaderamente Dios, que se encarnó en la Virgen María, vivió, enseñó y dio su vida por nuestra salvación, resucitó y fue glorificado; que se ponen en total dependencia del Espíritu Santo para su vida cristiana santa, que es vivir con, en y por Jesús para la Gloria del Padre y para cumplir su misión de colaborar para establecer el Reino de Dios en este mundo; que se insertan en la comunidad eclesial, escuchan y obedecen la Palabra de Dios, participan de los Sacramentos y tienen a los sucesores de Pedro y de los Apóstoles como guías".

En una frase más sencilla y mucho más limitada podríamos decir que "la Iglesia es una comunidad de discípulos misioneros de Jesucristo; son bautizados, unidos por la creencia en Él y en todo cuanto Él enseñó y en una alianza de fe, amor y esperanza, buscan hacer cuanto Él ordenó".

## 4. Iglesia, Pueblo de Dios, Reino de Dios en la Tradición eclesial

4.1 Pueblo de Dios e Iglesia. La expresión Pueblo de Dios, muy usada por el Concilio Vaticano II, llegó a ser sinónimo de Iglesia, pero la reflexión teológica y la Tradición bíblica y eclesial nos enseñan que no es así. La Iglesia se circunscribe a los discípulos misioneros de Jesucristo, por lo tanto a todos los cristianos, católicos y no católicos. La noción de Pueblo de Dios es expresión mucho más amplia, ya que abarca a cristianos y no cristianos, hasta los que a consecuencia de circunstancias especiales no creen en ningún dios, o sea, a todos los que en la sinceridad de su corazón y modo de vivir buscan un mundo justo, solidario, fraterno y de paz. Esta apertura de horizonte causó muchas polémicas que aún siguen vigentes por los que quieren que Iglesia y Pueblo de Dios sean lo mismo.

4.2 - Pueblo de Dios sin fronteras. Pero, sin la comprensión de la noción bíblica de Reino de Dios, ni Iglesia ni Pueblo de Dios se entienden bien. Lo que la Revelación, a lo largo de la Sagrada Escritura muestra es que el Reinado de Dios no tiene límites siquiera de un pueblo, como se entiende comúnmente; lo que sucedía con Israel que se juzgaba como el Pueblo de Dios y así intentaba vivir. Jesucristo rompe de una vez esta estrechez, ya iniciada con los profetas y con el proselitismo judío que aceptaba como del Pueblo de la Alianza, a los paganos convertidos a la fe en Yahweh y en sus Mandamientos. Con el Apóstol Pablo la evangelización para que todas las gentes sepan y acepten esta salvación de toda la humanidad, proclamada por Jesús al ofrecer al Padre su sangre derramada en la cruz, "sangre de la nueva y eterna alianza derramada para la remisión de los pecados", es llevada a los paganos en distintos países. Era deseo de Pablo llegar a todos los pueblos de aquella época. Al interpretar este celo misionero del Apóstol de las gentes, Europa llegó a decir: "faltaron pueblos a Pablo, pero Pablo no faltó a los pueblos". De este celo de Pablo, que estaba convencido de que todos los pueblos debían ser convertidos a Jesús e integrar a la Iglesia, nace y se desarrolla una concepción que perduró por largos siglos: "fuera de la Iglesia no es posible la salvación", y que

se restringió aún más cuando la teología y el magisterio enseñaban que Iglesia era únicamente la Iglesia Católica, Una, Santa, Apostólica y Romana.

4.3 Iglesia, Pueblo de Dios y Reino. Sin duda hay importantes avances, en fidelidad a la Sagrada Escritura y a la Tradición y al Magisterio, en relación a la comprensión de que Pueblo de Dios es mucho más que Iglesia, aún entendida de modo más amplio como abarcando a todos los que son discípulos misioneros de Jesucristo. Y, aún más, que toda la humanidad que se deja conducir por la ética, la justicia, la moral, el respeto y la promoción de la dignidad humana, el amor, la solidaridad y la paz integran el Pueblo de Dios y contribuyen a la construcción del Reino de Dios ya en este mundo. Es que se reconoce la existencia de los "cristianos anónimos", que no optaron por Jesucristo, pero viven y luchan por los mismos valores humanos que él, en conformidad con Mt 25. 31-46 y, también, Mc 9,38-39; Lc 9,49-50.

Cabe, sin duda a los cristianos, ser testigos y activos anunciadores de este Reino: un Reino en que Dios es padre, amor, misericordia y justicia; un Reino en el cual somos hijos e hijas de Dios y, por lo tanto, hermanos y hermanas entre nosotros; un Reino en que la tarea de construir un mundo de globalización, de la solidaridad en que los pobres y los que sufren tiene la preferencia; un Reino, que trata a la naturaleza como creación de Dios y regalo amoroso que Él hace para la felicidad de todos los hombres y que para ello necesita ser cuidada y bien administrada; un Reino que tiene su inicio acá, en la tierra, pero que tiene su plenitud en el más allá, en la vida eterna feliz en el seno de la Santísima Trinidad.

## 5. Cambios dolorosos, pero muy necesarios

5.1 - Concilio Vaticano II y Eclesiología. Sin duda el Concilio Ecueménico Vaticano II (1962-1965) es revolucionario en su teología y, sobre todo, en su eclesiología. La historia registra los duros debates que se vivieron para que se llegara al actual texto de *Lumen Gentium* (Luz de los Pueblos) y de *Gaudium et Spes* (La Iglesia en el Mundo). Los textos de preparación que sintetizaban muy bien la tradicional manera de entenderse la Iglesia en sí misma y en su misión, fue totalmente rechazado por los Padre conciliares, lo que generó un inmenso trabajo para todos. Algunos habían pensado que el Concilio terminaría en poco tiempo, ya que todo estaba muy bien escrito y organizado, pero se llevaron un choque cuando vieron que todo se derrumbaba. Lo que brota del Concilio ya no es una Iglesia piramidal que empieza por la jerarquía, pues da el debido lugar a la estructura eclesial y continúa teniendo al laico como el resto.

5.2 - Eclesiología de comunión y participación. Los nuevos rumbos asumidos por los Padres conciliares apuntalan al Pueblo de Dios, al Reino de Dios y a la igualdad fundamental que da el bautismo a todos los seguidores de Jesús como puntos de partida para la nueva comprensión de la Iglesia. Resulta de ahí una nueva concepción de eclesiología, que se llamó *eclesiología de comunión*, que Medellín en 1968, enriqueció con la *encarnación* de los cristianos y

de la Iglesia en medio de los pobres para una salvación-liberación a nivel humano y espiritual, y Pablo VI, en 1975, con la fuerza de la *misión* evangelizadora, y Puebla en 1979, con la concreción de la *participación*. De esto resultó la eclesiología propuesta por la Teología de la Liberación teniendo como referencia modelar las Comunidades Eclesiales de Base.

Una dura crítica intenta demostrar los riesgos de este camino recorrido por la Iglesia en el mundo todo desde el Concilio y, de modo especial, en América Latina. Los temores eran básicamente sobre cuatro puntos: a) el riesgo de una secularización de la Iglesia, sin su conexión esencial y radical con la Santísima Trinidad, o sea, la Iglesia como un dato revelado por Dios, en Jesús, por la fuerza del Espíritu para llevar adelante en la historia la salvación realizada por Jesucristo; b) el riesgo de la introducción de la democracia en la manera de organizar el *modus vivendi et faciendi* de la Iglesia, por una determinada comprensión de comunión y participación; c) el riesgo de la politización de la Iglesia en sus tareas específicas en las tramas del convivir social, político, económico, cultural, científico; e) y el riesgo de la entrada y uso en la Iglesia de conceptos marxistas de filosofía, sociología y organización de la sociedad.



### 5.3 - La Eclesiología del Sínodo de 1985 y la Eclesiología Latinoamericana.

5.3.1 - El Sínodo de 1985. La batalla sobre estas cuestiones aparece clara en el Sínodo extraordinario sobre la Iglesia, en 1985, en el cual se hizo una evaluación de lo vivido y escrito a lo largo de los 20 años del Concilio. El evento se celebró durante el fuego mismo de las graves pugnas entre la Congregación de la Fe y los Teólogos de la Liberación y de la Inculturación. En este Sínodo el Cardenal Prefecto de la Congregación de la Fe, Joseph Ratzinger, deja claro que "comunión" según el Concilio es "obediencia a los Pastores", al magisterio eclesiástico y a la *Teología Perennis* (aristotélico-tomista).

5.3.2 - La Eclesiología Latinoamericana. Lo que desde aquella época se colma de actitudes de condenación de teólogos, teólogas, de organizaciones religiosas, de obispos y hasta de Iglesias locales, proporciona muchos datos para un largo registro histórico.

a) Basta que citemos, como ejemplo, limitándonos a América Latina, lo sucedido con teólogos como Gustavo Gutiérrez, Leonardo Boff (en la década de 80), Ivone Gebara (en los 90) y, en vísperas de la V Conferencia, con Jon Sobrino, en 2007. Pero no olvidemos lo sucedido con la Conferencia Latinoamericana de Religiosos (CLAR) en los años de 1989 y adelante, con la Conferencia Episcopal de Brasil en los años 80 y con la IV Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Obispos en Puebla (1979) y, sobre todo en Santo Domingo (2002).

a) La Conferencia Episcopal de Aparecida. Aún recientemente, un dato doloroso sucede con el *Documento de Participación*, elaborado por la Junta Directiva del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) en preparación a Aparecida, que no da ninguna atención al Reino de Dios, Pueblo de Dios, Catequesis, liberación, comunión y participación e inculturación. Es un signo

evidente e innegable de que hay fuerzas en la Iglesia que desean la Iglesia anterior al Concilio Vaticano II. El rechazo del texto, con fuertes críticas, fue inmenso y revela que en esta cuestión de comprensión de la Iglesia hoy, no todo es pacífico. Y los que acompañaron de cerca la elaboración del segundo texto, el Texto Base, con los aportes de las Conferencias Episcopales y otros organismos eclesiales, percibieron cambios en la visión teológica y eclesiológica, que distorsionaban la síntesis presentada.

En la V Conferencia, en Aparecida (13-31/05/2007), el Equipo Moderador decidió empezar de la nada, o sea, desconocer todo el trabajo preparatorio, para partir de los relatos de los obispos presidentes de Conferencias, de algunos invitados y de los trabajos de grupos. El tiempo para la elaboración de un documento de tan grande responsabilidad e impacto, sin duda, pasó a ser muy corto, para discusión, redacción, votaciones, correcciones, adiciones y votaciones finales... Algo que llamó mucho la atención, fue la decisión de los organizadores de la V Conferencia, de no seguir el estilo metodológico del Ver, Juzgar, Actuar. Y también desde el inicio había un fuerte grupo en contra de todo lo que pudiera significar Teología Latinoamericana de tinte de Liberación, por más que la Asociación Amerindia estuviese presente, muy cerca de los participantes de Aparecida, totalmente disponibles para atender a las necesidades de la V Conferencia en términos de colaboración en el proceso de reflexión y también de elaboración del Mensaje y del Documento Final.

Un grupo de pastores, elegidos por sus hermanos obispos, reunidos en esta asamblea especial pasaron casi un mes en oración, en diálogo, en discusiones, y produjeron documentos, según sus conciencias, en obediencia a la Sagrada Escritura, al Espíritu Santo, a la Tradición de la Iglesia, al Santo Padre el Papa. Una parte de ellos tuvieron seriamente en consideración los Signos de los Tiempos y las necesidades presentadas por la realidad del Continente. Otros estaban más preocupados con la pureza doctrinal abstracta o con la espiritualidad o con reforzar la jerarquía. Hubo conflictos, algunos desbordaron la asamblea y otros quedaron silenciados. Pero el Documento de Aparecida los revela a su modo.

d) Cinco temas conflictivos en Aparecida. Son conocidos los conflictos sobre por lo menos cinco temas muy importantes para Latinoamérica y el Caribe: a) las Comunidades Eclesiales de Base, que hasta el último momento algunos intentaron retirar del Documento Oficial; b) el método Ver, Juzgar y Actuar, que a última hora se introdujo artificialmente en la distribución de los capítulos en tres partes; artificial porque sencillamente el contenido no fue pensado y elaborado según este proceso metodológico; c) el trasfondo teológico y eclesiológico más latinoamericano, que a mucho costo logró entrar en algunos aspectos a lo largo del texto. Algunas pugnas teológicas son visibles: entre una teología que arranca de lo humano, de la realidad y otra, que dominó en la V Conferencia y arranca desde la Santísima Trinidad. En esta línea se presentan el concepto de liberación y de Iglesia comunión y

participación; la cuestión de los ministerios en un Continente con una escandalosa escasez de clero, que deja a los fieles sin servicios esenciales que en el modelo actual de la Iglesia, son exclusivos del obispo y de los presbíteros; la reestructuración del modo tradicional de gobierno y organización pastoral; d) el modo de utilización de la Sagrada Escritura en la V Conferencia, por lo tanto en el Documento de Aparecida, lo que por sí mismo, merece un estudio profundo.

En verdad el Documento de Aparecida no tiene una fuerte encarnación e inculturación en la realidad de América Latina y del Caribe y por ello es universal, aplicable en todas las partes del mundo, como siempre lo esperan las autoridades que conforman los Dicasterios Romanos. Pero esta universalidad no debe nunca llegar a restringir la suficiente libertad y creatividad para la inculturación de la fe y de la Iglesia en los distintos contextos, en nuestro caso, el contexto específico e inmenso de América Latina y el Caribe. Ésta, es sin duda, una de las más importantes tareas post-Aparecida.

e) Los principales ejes de la Eclesiología de Aparecida. Los grandes ejes de Aparecida, y que son esenciales para comprender la eclesiología de la V Conferencia, son: a) el discipulado misionero, que nace del encuentro personal con Jesucristo vivo y es alimentado de por vida en la comunidad eclesial; b) la misión, como constitutivo esencial del discipulado y de la misma Iglesia; c) la vida en sus distintos significados, empezando por la vida de calidad para los humanos, pero que se extiende a todas las criaturas.



## 6. La Eclesiología en la reflexión y en la praxis actual de la Iglesia.

6.1 Algo nuevo en la Eclesiología. El Concilio Vaticano II dejó abierta muchas posibilidades de interpretación o hermenéutica sobre la misma Iglesia. Sin duda no se desentendió de las definiciones dogmáticas de la Tradición católica ni de la enseñanza del Magisterio sobre este tema del misterio de la Iglesia. El Concilio abrió caminos para intentos de "aggiornamento" que es más que adaptación. Un poco más tarde el Magisterio y la Teología encontraron en algunos términos, como "comunión", "evangelización", "comunidad eclesial", "misión" e "inculturación" un poco más de posibilidades para poder expresar lo que es la Iglesia en sí misma y para el mundo de hoy.

El Concilio no define, sino que recurre a una pluralidad de imágenes, para favorecer la respuesta a dos preguntas que, desde el comienzo, los padres conciliares se hicieron preguntas: "Iglesia, ¿quién eres tú?"; "Iglesia, para qué sirves hoy?". Lo principal de la reflexión está en dos documentos claves: "Lumen Gentium" (La Iglesia), que es presentado como dogmático, y el otro "Gaudium et Spes" (La Iglesia en el mundo de hoy), que es presentado como pastoral. Se intenta, aproximarse un poco más al "mysterium ecclesiae", que es "una realidad llena de la presencia divina y siempre abierta a nuevas investigaciones" (Pablo VI).

Es una Iglesia que une de modo indisociable dos dimensiones: la "institucional", por lo tanto humana, de hombres y mujeres, terrestre, visible y contaminada por el pecado, y la dimensión "espiritual", invisible, divina, sin pecado, que es, según la enseñanza de San Pablo, la dimensión de Cuerpo Místico de Cristo. Y como nos dice LG 8: "no como dos entidades, sino como una única realidad compleja formada por el doble elemento humano y divino". Este es uno de los grandes logros del Concilio: ir a la fuente y sentido fundamentales de la misma Iglesia, como "mysterion" o "sacramentum", como visibilidad y acción de una realidad divina. En este sentido el Concilio pudo decir que la Iglesia es "signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG 1) y señal escatológica, "germen e inicio del Reino" (LG 5).

Este cambio inmenso sobre la Iglesia, conlleva una nueva conciencia en la comprensión del modo como la Iglesia debe ser y hacer: la realidad primera es la igualdad fundamental de todos los discípulos misioneros por motivo del Bautismo y de la Confirmación; y, segundo, es, también, sin duda, el "nosotros eclesial", la comunidad eclesial, con su vocación y misión y con la riqueza de múltiples dones, carismas, funciones, ministerios, pero conformando una unidad que precede a las diferencias, todo interconectado y solidario, de modo orgánico. La misma jerarquía, antes tan centralizadora de la eclesialidad, no es más que un ministerio entre tantos otros. Todos ellos existen al servicio del cuerpo eclesial, como un todo, siempre como Cuerpo Místico de Cristo a disposición de la voluntad del Padre.

6.2 Fundamento teológico y pastoral. La eclesiología, que es desarrollada desde el Concilio, tiene como su fuente, modelo y referencia la "Comunidad perfecta de la Santísima Trinidad". En este sentido la Iglesia concreta de hombres y mujeres es un ensayo, un aprendizaje permanente de la comunión-amor que es el Dios Trinidad, el Dios comunidad-comunión, al mismo tiempo la meta de la peregrinación terrestre de la misma Iglesia. Como "signo sacramental misterioso de la comunión trinitaria", la Iglesia lo es en relación a sí misma, pero, también en relación a todo el género humano, llamado a vivir en solidaridad, fraternidad, comunión de amor. Apunta además hacia valores escatológicos, que están en los grandes deseos y sueños, ideal, utopía y búsqueda del corazón humano. En su compleja conformación humana y divina, una de las misiones de la Iglesia es ser "signo de la unión con Dios y de la unidad del género humano"; es ser testigo que hace presente (visible) lo Ausente (invisible). Para ello es necesario que el discurso pase a la realidad, que la Iglesia fomente pequeñas comunidades de fraternidad y de servicio, especialmente, a los más necesitados.

Otro gran logro del post-concilio, sobre todo, desde *Evangelii Nuntiandi*, de Pablo VI (1975) es la misión, que recibe un refuerzo especial con la *Redemptoris Missio* de Juan Pablo II (1990) y con la teología y pastoral de la encarnación, de la inculturación, asumidas por el magisterio de la Iglesia desde *Catechesi Tradendae* (1979). Recordemos que "misión", viene de "mittere" (enviar), "missio" (envío), porque la Iglesia es enviada por Jesucristo para que coopere con él, hasta el fin de los tiempos, en su proyecto salvífico que Él ha recibido

del Padre. Jesucristo resucitado congrega en la fe a su comunidad-pueblo para hablarle (Palabra), fortalecerla con su cuerpo y sangre de cordero sacrificado, rendir culto al Padre en él, por él y con él, en el amor del Espíritu Santo (liturgia), y para confiarle, como pueblo suyo, la misión, la misma que recibió del Padre y cumplió en la historia.

Misión implica "ministerio", un don dado a los discípulos misioneros para ejercer su parte en la tarea de salvación. No hay ministerio verdadero, si es dominado por el poder y el orgullo, ya que en su etimología el término viene de "munus stare", estar al servicio, en función de una tarea, pero también de "minor stare", estar como el más pequeño, el servidor en la humildad, como "siervo inútil" (cf. Lc, 17,10).

6.3 Cambios difíciles, pero necesarios. Hay en la enseñanza del Concilio Vaticano II, orientaciones claras sobre misión y ministerio para que no continúen siendo tarea exclusiva de la jerarquía, ya que, por el hecho mismo del bautismo y la confirmación, todos los fieles son misioneros y ministros del Señor. Además el Concilio señala una necesaria inculturación de la fe, de la teología, de la pastoral.



Todo ello, evidentemente, produjo un cambio muy significativo en la eclesiología, ya que la Iglesia siempre llevó la cultura europea a todas partes, como un revestimiento integrante del proceso misionero, lo que no le permitía siquiera respetar las culturas adonde llegaba; y casi siempre se presentó poderosa, dueña de la verdad, de la libertad, de las conciencias, superior a todo y a todos. Evidentemente aún estamos muy lejos del ideal propuesto por Juan XXIII, de una Iglesia pobre, de pobres y para los pobres.

Pero, aquí está el cambio al que nos referíamos atrás, no hay otra manera diferente para realizar verdaderamente la misión que la de la evangelización de la cultura, por la encarnación en la cultura, o sea, por la inculturación de la fe y de la misma Iglesia. Esto no se constituye en un planteamiento accidental sino en un propósito fundamental que toca a la esencia misma de la Iglesia y de su misión.

La inculturación tiene su fundamento en la teología misma de la encarnación. Dios se nos ha revelado de muchas maneras pero su revelación en plenitud es el hecho de que el Hijo de Dios, se ha hecho carne (cf. Hb 1,1; Lc 1, 26-38; Jn 1, 1-18). Dios mismo ha entrado en nuestra historia, en nuestra existencia concreta tal como ella es y en una determinada cultura y "ha fijado su tienda de habitación en medio de nosotros" (Jn 1,14). Según San Pablo, el Hijo del Altísimo no guardó para sí el hecho de ser igual a Dios, sino que se vació (kenosis) y se presentó como hombre, con toda su realidad, menos el pecado (Fl 2,6). Y Juan nos dice que Jesucristo también se presentó de tal manera que los Apóstoles han podido "contemplar su gloria lleno de gracia y de verdad" (Jn 1, 11). Dios ha acontecido en Jesucristo no "a pesar" de la humanidad sino "en virtud" de la humanidad. El rostro de Dios es el hombre mismo. Jesucristo, el Hijo de Dios, es un hombre verdadero. Este pensamiento que es original, bíblico, será desarrollado dogmáticamente en la Iglesia y dará lugar a una cristología que constituye un discurso que da razón de una manera muy profunda de

esta verdad que confesamos y que predomina en la cristología latinoamericana y que, consecuentemente, influye radicalmente en la eclesiología entre nosotros.

La encarnación, que ha tenido lugar en un contexto humano concreto del mundo judío, dominado por Roma, es al mismo tiempo un acontecimiento que trasciende este contexto porque por su naturaleza la encarnación del Verbo de Dios tiene una significación universal y es eficaz, como acontecimiento de revelación y como acontecimiento de salvación, en todo ambiente concreto humano y cósmico. Los Apóstoles comprendieron, por las luces del Espíritu de Jesús Resucitado, que el evangelio no solamente podía, sino que debía ser anunciado en contextos culturales diferentes sin imponer la cultura judía, de donde brotó. El mismo mandato misionero de Jesús es claro en decir que los Apóstoles deben ir al mundo entero, obviamente, a todas las culturas, y no se habla ciertamente de la necesidad de establecer como presupuesto del anuncio del evangelio la implantación de la cultura judía en otros ambientes.

6.4 Aportes que vienen de Aparecida. La misión, así entendida, da un nuevo sentido al cristiano y a la Iglesia. El Documento de Aparecida, habla exactamente de "discípulo misionero" y de "Iglesia en estado permanente de misión" (DA, 551) Y el énfasis en el misterio de la encarnación, con todas las implicaciones que tiene, como fundamento de una concepción de la misión de la Iglesia en cuanto evangelización de la cultura y en cuanto encarnación de la fe en la realidad humana concreta, se da en el mundo actual de cada momento, y en el que se va haciendo más y más posible el Reino de Dios. En un mundo actual privilegiadamente rico de realizaciones culturales, la inculturación de la fe tiene que darse en la cultura y en las culturas, pero siempre según el criterio de la encarnación-salvación, desde el aspecto kenótico, es decir, desde el mundo de los pobres, de los que sufren, de los más humildes y excluidos, y en favor de toda la humanidad, simplemente porque nuestra religión, el cristianismo, es religión del amor, de la compasión, de la misericordia.



## 7. Los Religiosos Hermanos de La Salle y la Eclesiología de comunión, participación y libertación.

7.1 La salvación según La Salle. San Juan Bautista de La Salle, un presbítero totalmente impregnado por la Palabra de Dios, por Jesucristo, por la Iglesia y por la misión de salvación comprende y enseña que el Hermano de las Escuelas Cristianas, y por ende todo educador cristiano, es "representante, ministro, embajador de Jesucristo" junto a los educandos. Él reveló un alto nivel de conciencia sobre la tarea de educar como un servicio de gran valor para la salvación en su doble e inseparable sentido de salvación: para este mundo (formar ciudadanos) y para la eternidad feliz en Dios (verdaderos cristianos). El empleo de maestro tiene una dignidad similar al de los apóstoles, de los obispos, de los padres de familia.

Para La Salle es fundamental que los Hermanos de las Escuelas Cristianas estén en profunda comunión con toda la Iglesia,

especialmente, con los pastores e indiscutiblemente con el Santo Padre. En sus meditaciones, en sus cartas y otros textos él siempre recomendó esta comunión, esta fidelidad. Su iniciativa de una escuela en Roma era para explicitar su obediencia plena al Papa, su comunión plena con la Iglesia católica en aquellos tiempos de jansenismo y de intentos de una Iglesia Galicana.

7.2 Educar para bien vivir. El Instituto fundado por La Salle existe para enseñar los alumnos a bien vivir, según los valores del Evangelio, para que sean cooperadores competentes y dedicados para el la sociedad y para la Iglesia, en una palabra, para la construcción del Reino de Dios ya en este mundo.

7.3 El Hermano de La Salle. Para lograr este objetivo los Hermanos deben vivir en permanente búsqueda de la santidad desde las tres dimensiones que conforman su ser de discípulos misioneros consagrados a Dios y a su Reino: vocación-consagración, fraternidad-comunidad, servicio-misión. Desde los inicios el Instituto se destina a los pobres, y por ello, los Hermanos viven la espiritualidad kenótica de Religiosos Hermanos Educadores, en espíritu de fe, en comunión evangélica entre ellos y con toda la Iglesia, y en dedicación radical a la misión de libertar del pecado y de sus consecuencias, con la ilusión de que la educación cristiana sea, efectivamente, un camino privilegiado para cumplir esta misión.

7.4 El Hermano testigo de fraternidad. Por su misma vocación, como dice Juan Pablo II, sobre los Religiosos Hermanos, en la Exhortación Apostólica *Vita Consecrata*, 60 «Estos religiosos están llamados a ser hermanos de Cristo, profundamente unidos a Él, primogénito entre muchos hermanos (Rm 8, 29); hermanos entre sí por el amor mutuo y la cooperación al servicio del bien de la Iglesia; hermanos de todo hombre por el testimonio de la caridad de Cristo hacia todos, especialmente hacia los más pequeños, los más necesitados; hermanos para hacer que reine mayor fraternidad en la Iglesia. Viviendo de una manera especial este aspecto de la vida a la vez cristiana y consagrada, los «religiosos hermanos» recuerdan de modo fehaciente a los mismos religiosos sacerdotes la dimensión fundamental de la fraternidad en Cristo, que han de vivir entre ellos y con cada hombre y mujer, proclamando a todos la palabra del Señor: «Y vosotros sois todos hermanos» (Mt 23, 8).No

En clave de eclesialidad los Hermanos son llamados a vivir como profetas del amor fraterno la radicalidad del Mandamiento Nuevo de Jesús, que da una identidad específica a sus discípulos misioneros (cf. Jn 13, 34-35), amor que es esencial para la misma existencia de la Iglesia, como sacramento de Dios Amor, como continuadora en la historia de la presencia y misión de Jesús. Además del testimonio personal y comunitario de esta eclesialidad de comunión, los Hermanos se insertan en la Comunidad Eclesial con su carisma especial y trabajan creando comunidad, dedicándose por la educación, escolar y también en su amplio sentido, a ayudar a las personas a establecer su encuentro personal e intransferible con Jesucristo vivo, a insertarse en la comunidad Iglesia y a comprometerse en la construcción del Reino de Dios, desde los más pobres, los más necesitados, es decir, lo más excluidos socialmente.